

Vida de Jorge Luis Borges por Bioy Casares

Juan Malpartida

Visión de lo memorable

El *Borges* de Bioy Casares* contiene sus anotaciones sobre las conversaciones con el poeta y cuentista argentino desde mayo de 1947 hasta la muerte de Borges (1986), aunque hay alguna entrada posterior referida a las circunstancias de los últimos días del autor de *Ficciones*. Estas 1595 páginas están extraídas por su editor, Daniel Martino, del voluminoso diario de Bioy, del cual se ha publicado, a su vez, una amplia antología. Es importante saber que *Borges* fue revisado por el propio autor en los dos últimos años de su vida. Creo que se trata de un libro muy importante, y por razones diversas que enseguida expondré. No es un libro de entrevistas, sino de las anotaciones sobre las conversaciones y sobre el de-

* Bioy Casares, *Borges*. Edición al cuidado de Daniel Martino, Editorial Destino, 1663 pp, Barcelona, 2006.

senovimiento vital de Borges –es decir, de uno de los mayores escritores de lengua española– llevadas a cabo durante casi cuarenta años por un notable escritor, Bioy Casares. La mayoría de los encuentros se produjeron en las casas de Bioy, en almuerzos, cenas y jornadas de trabajo, y algunas otras en la Biblioteca Nacional, en casa de Borges y algunos lugares públicos de la ciudad de Buenos Aires. Las conversaciones de Borges no son exclusivamente con Bioy sino también con Silvina Ocampo (esposa de Bioy), Manuel Peyrou, Mujica Lainez, José Bianco, Carlos Mastronardi, Ulyses Petit de Murat, Wally Zenner, Victoria Ocampo, Leonor Acevedo, Ema Riso Platero, Ernesto Sábato, Elsa Astete (esposa de Borges durante los años 1967 y 1972, Juan José Hernández, Guillermo de Torre, Di Giovanni, y algunos otros, nacionales o extranjeros, cuyas conversaciones o anécdotas aparecen citadas por Borges o Bioy, como Saint-John Perse, Roger Caillois, Néstor Ibarra...

Cuando Bioy comienza sus anotaciones, Borges, nacido en 1898, es un autor de un cierto reconocimiento, pero aún no es ni en Europa ni en Hispanoamérica el escritor célebre que comenzará a ser a partir de los sesenta. Era el autor de varios libros de poemas notables pero no definitivos; de ensayos, algunos de ellos pequeñas joyas literarias, como las publicadas hasta 1939 en la revista *El Hogar*, pero sobre todo era el autor de *Ficciones* (1944). Su mundo de gustos y disgustos, si bien no estaba completo, estaba ya hecho, aunque sufriría cambios y matices que será necesario señalar. En cuanto a Bioy, nacido en 1914, había publicado varias novelas olvidables, algunos cuentos y, sobre todo, *La invención de Morel* (1940). Como es sabido, ambos se conocieron al colaborar en la confección de un texto publicitario, «La cuajada de la Martona», inicio de sus numerosas redacciones conjuntas en cuentos, guiones y juguetes literarios. En cuanto a La Martona, se trata de la empresa de los Bioy/Casares, de leche y derivados, fundada en 1889.

Borges era, al comienzo de estos diálogos y monólogos, un hombre algo envejecido, con serios problemas de vista y que vivía con su madre, Leonor Acevedo, una señora de carácter, clasista, mandona y de una cultura caprichosa. El lado culto vino en Borges por la familia paterna, de cuya abuela, Haslam, aprendió tempranamente el inglés. De familia acomodada venida a menos, Borges, tras la muerte de su padre en 1938, se ve impelido a desempeñar algún oficio (fue bibliotecario y profesor). En otro aspecto, Borges fue un hombre tímido con las mujeres. Estuvo numerosas veces enamorado, pero no se deduce de todo lo que sabemos por sus biógrafos y chismosos que llegara a tener alguna relación completa. Además, tenía cierta aversión a lo físico. En cuanto a su joven amigo, era hijo único de una familia de ricos hacendados. A diferencia de Borges, Bioy, hombre apuesto y deportista, era un amante del cuerpo y su vida está llena de relaciones amorosas. Se casó muy joven, en 1940, con Silvina Ocampo, mayor que él diez años. Borges se enamoró muchas veces y siempre estuvo lejos de las mujeres; Bioy, por su parte buscó y logró su cercanía, aunque en el fondo las despreciaba, como se evidencia en su otro diario, *Descanso de caminantes*. Como Borges, había estudiado idiomas, y tenía un buen conocimiento de la literatura anglosajona. Ya podemos entrar en el diario, una mesa revuelta por los días y el azar, pero con temas recurrentes.

Es importante tener en cuenta que no es un libro escrito o dictado por Borges, y por lo tanto ignoramos cuánto habría matizado, corregido, rechazado. Como el libro lo escribió Bioy, tenemos que aceptar que es una visión suya, un testimonio de alguien que lo admiró, lo quiso y fue, también, un escritor hábil y culto. No empleo estos dos términos como definición de la obra de Bioy sino del reportero de la voz de Borges. *Borges* es, a su vez, una antología, una *visión* de lo memorable según Bioy. Puesto que escogió, dejó fuera muchos aspectos, o apenas los rozó, como es su mundo sexual y

afectivo. En alguna ocasión parece darnos a entender que Borges tuvo alguna relación sexual con alguna de las mujeres que amó, pero los testimonios de algunas de esas mujeres son claros: nunca tuvieron relaciones sexuales completas con Borges. Quizás alguien se pregunte por la importancia de esto. La tiene. No importa si Bioy tuvo relaciones con esta o aquella persona, porque fue un hombre activo en este aspecto, pero sí en la biografía de Borges, porque quizás sólo tuvo conocimientos aproximativos. Si alguien aún cree innecesario el conocimiento de este dato de su biografía, podría extender su indiferencia a otros aspectos fundamentales de la condición humana. Por otro lado, a Borges le interesó la metafísica, ciertos temas filosóficos, pero no a Bioy, o no de manera destacada. Sin embargo compartieron, además del conservadurismo político y su desdén por la democracia, algo central para dos hombres de letras: el amor a la literatura, a la lectura. En realidad este es el gran tema de sus diálogos, articulado en sus géneros: la poesía, el cuento, la novela, el teatro, y tal vez por este orden. Desentrañar estas páginas contribuiría a comprender mejor el gusto literario de Borges, ya expresado en numerosos artículos y declaraciones. Recorrer estas páginas ayuda también a comprender cómo entendía los géneros a los que contribuyó y la poética que sustenta sus opiniones, gustos y disgustos.

Sobre novela y poesía

Para Borges la novela es una relación matrimonial, mientras que el cuento se parece más a una amante, un breve encuentro. En la novela, los personajes interactúan y se modifican; en el cuento, por su propia economía narrativa, esto es imposible. «El cuento puede contarse oralmente; con la novela, si usted no la lee, se pierde lo esencial» (1955). En cuanto a los temas, prefería los fantásti-

cos a los realistas y psicológicos (probablemente nunca pudo leer una novela de Tolstoi o Dostoievski entera). Es proverbial a la hora de pensar en Borges verlo como un relojero, aunque peculiar: un entendido en mecanismos precisos pero sorprendentes, un creador de pequeños mundos lúcidos, laberínticos, terribles en su escepticismo continuado. Bioy, también escéptico, fue un hombre más cordial y sensual; mucho menos desfondado en la incertidumbre metafísica. En cuanto a la poética de la escritura, ambos defendieron una noción clásica: hay algo que contar, algo que resolver, y se trata de encontrar la manera más adecuada y decorosa de hacerlo. Muchas veces a lo largo de los años Borges recrimina a este o aquel poeta porque pareciera que «no dice nunca exactamente lo que quiere». Es lo mismo que argumenta, en 1957, sobre el «famoso problema de Mallarmé», el de la página en blanco: «Ése es un problema de periodistas, no de poetas» (...) «El problema del poeta consiste en cómo decir lo que tiene que decir». Me parece fundamental esta observación de Borges, porque si bien no explica su enorme talento ni sus lúcidas interpretaciones de algunas obras, sí puede arrojarnos alguna luz sobre sus asombrosas limitaciones como crítico. El problema del poeta, habitualmente, es que lo que tiene que decir no es nada claro, no es un dato de la experiencia. Esta existencia previa del contenido (temático, argumental) supone una poética neoclásica, o si se quiere, simplemente clásica que a partir del romanticismo parece innecesaria al revelarse parcial. Desde esta poética del lenguaje se puede comprender bien a Kipling, Stevenson, Chesterton, pero mucho menos a Shakespeare, a Nerval, y, sobre todo, dentro de la literatura de su tiempo, a Neruda, Villaurrutia, Paz, Faulkner, Perse, Alberti o el Lorca de *Poeta en Nueva York* (que Borges llama en una ocasión Tilingo en Nueva York). Borges no era fácil de convencer; Bioy observa que reaccionaba con brío acentuando aún más sus posturas o extremándolas. Tampoco parece que Bioy amara mucho la discusión intelec-

tual (en su caso se une la timidez a cierto decoro elitista). Las armas de Borges eran terribles: la sofisticada, la paradoja, la reducción al absurdo, la erudición al servicio de su causa, y todo ello alimentado por una gran inteligencia afilada por un humor irónico. No se trata de que Borges no tuviera razón (hay una literatura que corresponde a esta poética), sino que su razón no es verdad, no es suficiente para entender literaturas que –lejos de lo que pensaba– son cruciales para la historia de la literatura y, sobre todo, para los lectores, muchos de ellos tan refinados y cultos como Borges. Hay que señalar además que la crítica que Borges dirige a Shakespeare no se aparta mucho de la de ciertos escritores dieciochescos franceses. Para Borges la poesía se sostiene verso a verso, rara vez es capaz de observar que la forma es significativa y por lo tanto modifica el verso. Si lo hace es en el mecanismo de la rima, poco más. Obviamente, está en el lado opuesto de Roland Barthes (a quien ignoró, como ignoró a Jakobson y toda la lingüística moderna). Difícilmente podía entender *The Waste Land* o *Four Quartets* (Eliot es ampliamente despreciado por Borges y Bioy, y como crítico es salvado por su ensayo sobre Dante). En una ocasión alguien le citó el verso de Eliot «La humanidad no puede soportar demasiada realidad» y se sorprendió de no haberlo destacado en su lectura. Pero la poesía no es una línea. Tampoco podía entender las oscilaciones semánticas de *Residencia en la tierra* (ni su belleza dramática). En sus numerosos diálogos con Bioy reiteró su interés por una poesía que no hiciera literatura, que se apoyara en el habla (lo que defendieron y procuraron Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, con logros desiguales); una poesía que no fuera abstracta o estética (en el sentido que lo puede ser la de Góngora, Mallarmé, o Valéry). Por cierto, oigan lo que le dice a Bioy de Paul Valéry: «Es un hombre muy inteligente sin ningún don para la literatura».

«Está bien visto» es una frase habitual de elogio ante un acierto literario, porque cuaja verbalmente una situación, un proceso

vital que antes hemos visto o creído ver. No deja de ser curioso en un escritor que es autor de magníficos cuentos y poemas que son literatura que deviene de la literatura, poesía libresco. Si se perdieran todas mis obras –confiesa Borges a Bioy– y sólo quedara «Emma Zum», no quedaría nada mío. No es una crítica a este cuento sino a su falta de identidad con él: lo podría haber escrito cualquier otro escritor. No deja de ser curioso que se trate de un cuento nada libresco. Quizás el amor por lo no libresco en Borges hay que relacionarlo más bien con su interés por la épica (esa novela relativamente breve, sin psicología, como en cierto modo la vio Walter Benjamin), por la anécdota del compadre y del malevo, por el filme del Oeste. Borges tiene un gusto consecuente: como apenas le gusta Shakespeare, tampoco Faulkner. A veces, además de ingenioso y decir algo que vale la pena pensar, nos hace reír, como cuando afirma que «Shakespeare, con su irresponsable elocuencia, parece un sinuoso judío italiano, jamás un inglés; nada de *understatement*, nada de la pasión inglesa por el mar: hubiera sido peronista». Aunque no le gusta la poesía que tiende a la abstracción, no por eso va a hallar en la literatura española algo de interés después del siglo XVII, porque es producto de un «idioma aldeano, que no piensa». En poesía, su interés tiende al realismo y, ya en la vejez, a la epopeya; en narrativa y cuento, a la literatura fantástica. Es cierto que decir esto no define el gusto de Borges porque se trata de definiciones importantes pero exteriores. No es lo mismo Manuel Machado que Antonio, teniendo los dos una poética de la lengua literaria semejante. Borges está más cerca de Manuel, porque es irónico y tiene una capacidad mayor de controlar lo que quiere decir. Aunque hay muchas ocurrencias notables, creo que lo que más resalta es el terrorismo literario que ejercen ambos: Beckett («es un imbécil»), la *Sonatas* de Valle-Inclán son «cursis y groseras», «en este país nadie escribió tan mal como Valle-Inclán o Miró»; lo mejor de Menéndez Pelayo fue «En la

Epístola a Horacio»; ni hablar de Oliverio Girondo, de Roberto Arlt, de Aragon, Eluard, Supervielle, Breton y Pound. Oigamos alguna joya: Faulkner: «En cada libro acentúa sus defectos», «Sus novelas son *mere mortality or misfortune*. Están bien como relatos, nada más. Indudablemente, los Estados Unidos decayeron en el siglo XX». Hay que señalar que esta afirmación es de 1957, cuando en dicho país y en lo que va de siglo se ha producido una vasta literatura en varios géneros. A Borges tampoco le gustaban las novelas de Henry James, ni las de Thomas Mann, de las que es probable que sólo leyera resúmenes (por los cuales las juzgó con dureza). «Los cuentos de *Dubliners* {Joyce} son muy bobos». «La suerte de Shelley es que esa gente de la calle, que no sabe nada de literatura, lo reconoce como un poeta». «Los poemas de Montale parecen borradores de poemas». El mito de Fausto les parece a ambos que es idiota (y de paso conceptúan a Goethe de redomado estúpido). Saroyan, Tennessee Williams, Henry Miller, Thornton Wilder: «inmundicias». Alfonso Reyes: «No pude leer el *Deslinde*.» «Es un autor sin obra». Octavio Paz, «no libre de fealdades y estupidéz»... Les ahorro lo que ambos dicen a lo largo de los años de Ortega y Gasset y de Baudelaire, verdaderas bestias negras de su imaginario. Sigamos un poco más: Borges: «Nunca leí nada bueno de Saint-John Perse». Bioy: «Que yo sepa nunca nada le salió bien». Además, odiaba toda la tradición artúrica. Sus indudables grandes poetas (al menos ese día, porque todo el mundo varía con los años e incluso con los meses), son Dante, Fray Luis de León, Victor Hugo, Verlaine y Lugones. En esa comida estaba la esposa de Bioy (quiero decir que recoge sus palabras, porque estaría casi siempre, ya que se reunían en su casa), y añade que para ella Wordsworth es un gran poeta. Menos mal.

Obsesiones

A lo largo de estas anotaciones de Bioy hay algunos temas y personajes recurrentes, y que logran cansar al lector. Uno de ellos: los malevos, los guapos, los chulos barriobajeros. Borges se interesó toda su vida por anécdotas relativa a este tipo de personajes. Los despreciaba, pero no dejaron de ocupar su imaginación, tanto en sus conversaciones como en su obra literaria. En cuanto a la política, el peronismo y sus secuelas le obsesionaron. Aunque a veces tiene reacciones viscerales, nunca se dejó engañar por las mentiras de Perón ni las del comunismo, pero esta actitud crítica no le dio lucidez para mirar la historia de su tiempo. Es sorprendente y lamentable que ante los asesinatos de la plaza de Tlatelolco en México en 1968, Bioy, informado por Elena Garro (que mantuvo una actitud vergonzosa, por decir lo menos), firmó junto con Borges una carta de adhesión al presidente Díaz Ordaz en contra de los manifestantes y desdeñosa con los asesinados. Piénsese que Bioy tenía cierta amistad (es un decir, quizás valdría la pena averiguar el significado de esta relación) con Octavio Paz, que dimitió como embajador en protesta ante los asesinatos. La verdad es que tanto Borges como Bioy no fueron nunca demócratas: aspiraron a una dictadura de derechas, cultivada y tradicionalista: «Es lo único que existe. ¿Cómo va a creer uno en la democracia?». Si alguien aún lo duda, otra cita, del 27 de mayo de 1965. La SADE condenó la intervención norteamericana en Santo Domingo, y Borges y Bioy, como reacción ante esta condena, renunciaron. Tampoco tuvo simpatías por las minorías indígenas, que prefería que no existieran, y no vio con buenos ojos a los negros: «La desdicha de América proviene de la estupidez del padre Las Casas, para salvar a los indios trajo a los negros». «Yo soy racista», dice en 1969, «Limpiaría los Estados Unidos de negros y si se descuidan me correría hasta el Brasil». Borges estuvo a favor de la censura, «porque creo que hay

cosas que no deben publicarse», y se refiere a novelas como *Lady Chatterley*, algo con lo que no está de acuerdo Bioy, que no era un puritano. Sábato también es una figura que suele volver en estas páginas, y casi nunca para bien. Es comprensible que no admiraran sus novelas. La definición que da del autor de *Sobre héroes y tumbas* es lapidaria: «Al enérgico mal gusto, la desesperada egolatría, la sincera preocupación por el propio y continuado triunfo, hay que agregar la melancolía porque éste no sea mayor y el entusiasmo con que acoge los modestos productos de su mente activa y mediocre». Aparece y desaparece su cuñado, Guillermo de Torre, alguien muy negado para la literatura y pobre de espíritu. Vuelven las mujeres, que son todas la misma, y con las que –según cuenta Bioy– mantuvo relaciones blancas y tortuosas. En cuanto a instituciones: la Academia Argentina y la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), sin duda con siglas adecuadas. Borges siempre se interesó mucho por las comedillas internas de ambas. La política exterior brilla por su ausencia, aunque algo comentarían. En cuanto a la sexualidad, quizás Bioy tenga la última palabra: lo pudo observar durante muchos años y lo conoció como pocos: «Para Borges el sexo es sucio. Por mucho tiempo me dejé engañar, porque entendía que lo excluía, en literatura, por ser un expediente fácil, socorrido y un poco necio. No; esa burla oculta, con alguna vergüenza de que lo tomen por un mojigato, un violento rechazo. La obscenidad le parece una culpa atroz: *puta* no es la mujer que cobra sino la que se acuesta» (29-12-1972).

Y sin embargo, estas numerosas páginas están llenas de discretas agudezas, de observaciones curiosas (casi siempre pequeñas), de humor y sobre todo de una ironía que es difícil explicar o citar; de fina erudición y comparaciones y ocurrencias propias de un gran escritor, no de un historiador de la literatura, que ha de tener en cuenta algo más que su gusto y criterio. Como gran estilista que fue, también en la conversación sorprende por su adjetivación,

producto de una inteligencia exigente y alerta. No me importaría saber que hay doscientas páginas más, las leería, sabiendo que junto al placer no podría dejar de sentir irritación y asombro ante una mente tan creativa (en su obra) y tan caprichosa y mezquina en tantas de sus opiniones. Sin duda los biógrafos futuros tendrán en esta obra un rico y endiablado botín.

J. M.

